

Epistemología, argumentación y polifonía (Sobre el “Prólogo a la edición española” del *Curso de lingüística general*)

Jorge Warley

Universidad de Buenos Aires
Universidad Nacional de La Pampa
Argentina
jwarley@sinectis.com.ar

Resumen

El prólogo que Amado Alonso escribió para su traducción del *Curso de lingüística general* de Ferdinand de Saussure (publicada originalmente por la editorial Losada en Buenos Aires y en 1945) es mucho más que una simple presentación al público de habla castellana de un autor y una obra centrales en las ciencias sociales contemporáneas. La lectura que el filólogo español realiza del célebre *Curso* desarrolla una perspectiva crítica —que es también aquella que el presente artículo busca enfatizar y analizar— sobre la constitución de la lingüística como ciencia que se alimenta de conceptos epistemológicos verdaderamente anticipatorios.

Palabras Claves: lingüística - epistemología - discurso - Amado Alonso - Ferdinand de Saussure

Keywords: linguistics - epistemology - discourse - Amado Alonso - Ferdinand de Saussure

Fecha de recepción: 02/04/2004

Fecha de aceptación: 14/05/2004

Amado Alonso fue un filólogo español nacido en Madrid en 1898; allí se formó en la carrera de Letras con maestros célebres como Ramón Menéndez Pidal, Tomás Navarro Tomás y Américo Castro. Llegó a la Argentina a fines de la década del año veinte; aquí, entre 1927 y 1946, estuvo a cargo de la dirección del Instituto de Filología de la Universidad de Buenos Aires y dirigió también la *Revista de Filología Hispánica*. Se nacionalizó argentino pero con la llegada de Juan Perón a la presidencia abandonó el país y se trasladó a los Estados Unidos. En la Universidad de Harvard se hizo cargo de la publicación de la *Nueva Revista de Filología* que auspiciaba el Colegio de México. Este introductor de los estudios de estilística en el mundo de habla castellana cuenta entre sus obras más conocidas *Castellano, español, idioma nacional* (1938), *Poesía y estilo en Pablo Neruda* (1940), *La Argentina y las nivelación del idioma* (1943), *Estudios lingüísticos* (1951-1953), *De la pronunciación medieval a la moderna en español* (1955), *Materia y forma en poesía*, también de 1955, entre otros muchos libros y artículos. Murió en Cambridge, Massachusetts, en 1952

Además de como docente e investigador, su tarea de impulsor y modernizador de los estudios lingüísticos en la Argentina se expresó en la colección "Filosofía y teoría del lenguaje" que coordinó para la editorial Losada en la década del cuarenta. En dicha colección apareció, en 1945, treinta años después de la edición original, su traducción, que también anotó, del *Cours de linguistique générale* de Ferdinand de Saussure.

El objetivo de este artículo es realizar una serie de observaciones sobre el "Prólogo a la edición española" que acompañó aquella

publicación y que el propio Amado Alonso firmó. En él Alonso se propone la tarea de presentar a un autor y una obra que comienza a convertirse en un clásico, valorar sus virtudes científicas y argumentar las razones que ameritan su lectura aun cuando algunos de sus conceptos fundamentales deban ser superados en sus limitaciones; sin embargo, lo más importante y tal vez menos evidente es la perspectiva de la ciencia sobre la que se asientan todas las aseveraciones del filólogo español.

El mérito de Alonso no se circunscribe, entonces y como es obvio, a haber sido el introductor de la obra de Saussure en el mundo de habla hispana, sino también y es lo que aquí se busca resaltar, impulsa una consideración de la ciencia que se apoya en consideraciones de cuño epistemológico pioneras, que recién se popularizarán dos o tres décadas más tarde.

1.

Como indicación general previa podría señalarse la importancia de los prefacios propios del discurso científico en relación con la imposición más o menos directa de ciertas instrucciones de lectura; todo aquello que se reúne en la dimensión paratextual o metadiscursiva que el prólogo abre, según lo ha escrito Argildas Greimas (1976: 4-5).¹ Ésa es la razón, quizás, por la cual los profesores universitarios les piden a sus estudiantes que lean el prólogo de Alonso con posterioridad a la lectura del *Curso*, para evitar así imposiciones interpretativas.

Con este prólogo quisiera hacer ver al lector cómo la ciencia es tarea que se va cumpliendo sin detenerse nunca, y cómo puede un sabio ser tan

ilustre por los problemas que se plantea y resuelve como por los que obliga a sus colegas y sucesores a replantear y resolver.² (7)

Éste es el párrafo inicial del prólogo a través del cual, en primera persona y volviendo manifiesta la intencionalidad hacia sus posibles receptores, Alonso revela la orientación con que introduce a Saussure y su obra.

De una manera tradicional y como ocurre a lo largo de todo el prefacio, Alonso no ahorra adjetivos para valorar al lingüista suizo y su quehacer —“sabio”, “ilustre”, “insigne maestro”, métodos científicos “tan magistralmente elaborados”—, pero desarrolla de inmediato una cosmovisión sobre el funcionamiento de la ciencia que, en el sentido contrario, poco tiene que ver con la genialidad y el talento personal de los individuos y se relaciona con cuestiones menos inefables y mucho más interesantes.

En su artículo “¿Qué es un autor?” el filósofo francés Michel Foucault (1984) llama a ciertos pensadores como Sigmund Freud y Karl Marx “fundadores de discursividad”, dado que precisamente aquello que los caracterizaría es el haber establecido “una posibilidad indefinida de discurso”. De acuerdo con Foucault estos autores no sólo han producido sus propias obras sino la posibilidad y las reglas de formulación de muchas otras obras. Es decir, que son mucho más que los autores de sus propios textos, de *La interpretación de los sueños* o *El capital*, por ejemplo. Estos ‘instauradores de discursividad’ hicieron posibles múltiples analogías, descendencias y ‘continuaciones’ pero también un número importante de diferencias, de aplicaciones, de ‘retornos a’, de revisiones y desviaciones heréticas, y todas ellas, de una manera u otra, siempre

conducen a esa matriz o núcleo discursivo original que los contiene. De acuerdo con estas afirmaciones, 'Marx' y 'Freud' deben ser considerados mucho más que meros apellidos que brillan en la tapa de los libros para indicar una cierta "propiedad" intelectual.

Foucault se pregunta en un determinado punto de su argumentación si las características que está describiendo no son las típicas de cualquier fundador de una ciencia (entre los ejemplos que suministra menciona a Galileo Galilei y a Saussure), y no simplemente — aclara— porque se los ha imitado ("Saussure hizo posible una gramática generativa que es muy diferente de sus análisis estructurales", añade el autor de *La arqueología del saber*). La diferencia que Foucault encuentra es que, en el caso de los creadores de una teoría científica las futuras versiones y derivaciones son de un carácter homogéneo a la primigenia en su naturaleza y requerimientos, o sea que se ubican en un mismo nivel en cuanto a la compacidad teórica, la exigencia metodológica, la necesidad de la corroboración empírica, etcétera, mientras que en el caso que a él le interesa subrayar, el de la dimensión de los grandes discursos que atraviesan y vertebran la cultura de una determinada época, las derivaciones son del todo heterogéneas.

Como se puede advertir a primera consideración, el punto de vista es bastante similar al que razonó Alonso veinticinco años antes. Hay en el autor español una concepción de la ciencia como producto social, como empresa propia del saber científico, como construcción teórica que no puede ser derivada de los aciertos y errores de los científicos considerados como individuos sino de la compleja vida intelectual que

anima al conjunto de la comunidad científica y es en ese plano que sus aciertos y errores deben ser juzgados.

El sustantivo "Saussure" que, en su primera aparición en el prefacio y merced a la acumulación de exaltados adjetivos parece remitir a la figura de un personalísimo genio, a poco de andar se transforma en la indicación retórica de un anónimo campo teórico, la ciencia de la lingüística.

Digamos, en el cierre de este primer apartado, que la importancia del prefacio está mucho más allá de ser una 'introducción' o 'declaración de intenciones' explícita de Alonso, sino que ésta radica en que proporciona un enunciado mayor que englobará y posibilitará desprender de él, casi por deducción lógica, todo lo que luego se argumente. Ese enunciado es fuertemente ideológico en tanto encierra un modo de concebir la actividad científica y proporciona el suelo firme (los valores, el esquema) que nutrirán el desarrollo posterior y permitirán explicar el porqué de la importancia de la figura de Saussure.

2.

La segunda idea fundante que ordena el conjunto es la siguiente: detrás de toda teoría científica se encuentra una cierta filosofía que la orienta y, en última instancia, la define. En el caso de Saussure, señala Alonso, esa base filosófica es el positivismo. Alonso define: "El *Curso de lingüística general* de Ferdinand de Saussure es el mejor cuerpo organizado de doctrinas lingüísticas que ha producido el positivismo; el más profundo y a la vez el más clarificador" (7). En definitiva, para Alonso las limitaciones

de Saussure serán las de esa base filosófica (que es la que hereda el estructuralismo). Explica Alonso:

La doctrina de Saussure no tiene base filosófica meditada por él; le bastó con tomar, sin inquietud personal alguna, la positivista. Y como el positivismo, sobre todo el practicado, *ya quería ser más científico que filosófico, receloso de hurgar en los últimos fundamentos de cada ciencia*, las limitaciones de Saussure se explican por las de la base aceptada. (10-01)

Frente a la precariedad del pensamiento filosófico de Saussure, Alonso suministra contramodelos de porte; para citar los más significativos, el fenomenólogo Edmund Husserl y su teoría de la significación y el lingüista Karl Vossler quien, de acuerdo con Alonso, es capaz de percibir la dualidad lengua/habla pero no para negarla con un ademán simplificador sino para hundirse en el análisis de sus complejidades.

Pero volvamos un poco a la cita anterior donde subrayamos con toda intención algunas palabras. Alonso sostiene que el positivismo "ya quería ser más científico que filosófico", de lo cual debe entenderse que tal movimiento es errado; es decir, que la ciencia no debe desentenderse de la filosofía, no se trata de tipos de conocimientos diversos sino complementarios, y donde uno (la filosofía) es más importante que el otro (el saber científico). Esta última jerarquización puede observarse bien en la frase: "receloso de hurgar en los últimos fundamentos de cada ciencia": la teoría científica que se separa de la filosofía se vuelve ciega, en tanto y en cuanto deja de inquirir sobre sus propias raíces.

Como puede juzgarse, se trata de una observación epistemológica por demás difícil de sostener.

Llama la atención, en primer lugar, el modo en que Alonso la emprende contra el positivismo. Si se considera la fecha de publicación puede estimarse que el positivismo lógico, descendiente de su antecesor decimonónico, poseía mucha fuerza en la Europa y el mundo de la Segunda Guerra Mundial. Es decir que todavía no se habían difundido y popularizado —mucho menos “ganado la batalla”— las posiciones que de Karl Popper en adelante reinarían en la epistemología moderna. En este contexto los dichos de Alonso más bien se deben encuadrar en la línea germana de las “ciencias de la comprensión” y los estudios de la cultura. Una corriente que, para sintetizar y aclarando desde ya que no se reduce a Alemania con exclusividad, afirma desde el último tramo del siglo XIX que las ciencias sociales por la naturaleza de su objeto y su relación con el sujeto que lo estudia, son de carácter interpretativo y que por lo tanto no pueden ser subsumidas en las características propias de las ciencias físico-naturales, de carácter explicativo y montadas en torno del método experimental.

Por otra parte, Alonso avala una concepción evolucionista o “progresista” que se apoya en un cierto sentido común para expresar que el positivismo es “una escuela científica superada”, y Saussure “se salva (¡!) de la liquidación del positivismo, incorporado perdurablemente al progreso de la ciencia” (7). Y si Saussure se ‘salva’ es precisamente por esa distinción entre filosofía de base y trabajo científico que ha posibilitado rigurosidad descriptiva, claridad expositiva y fortaleza metodológica.

Tal la paradoja en la que concluye la exposición de Alonso. Afirma que la ciencia no puede existir si no se alimenta de una base filosófica consistente, pero, justamente, Saussure carece de una filosofía firme y sin embargo es tal su contundencia científica que le asegura la sobrevivencia, lo cual demuestra en consecuencia que la ciencia puede desarrollarse aun sin el apoyo de una filosofía clara y consistente.

La paradoja podría resolverse si se entiende el término 'filosofía', en relación con el trabajo científico, a la manera en que lo enuncian epistemólogos como Thomas Kuhn (1978 y 1971). El paralelo puede mantenerse, en apariencia, cuando se observan ciertas frases de Alonso como cuando le reprocha a Saussure que carece de "base filosófica pensada por él" (10), o sea que puede entenderse que la filosofía es 'producto' del propio científico y su trabajo, y le sirve como guía ideológica. Kuhn elabora su célebre concepto de 'paradigma' para dar cuenta de la complejidad de las teorías científicas, y señala, precisamente, que existen ciertos principios filosóficos o metafísicos generales que pautan el desarrollo de la labor científica. Sin embargo, no parece que estas "ideas generales" de las que habla Kuhn puedan asemejarse a aquella necesidad filosófica mentada por Alonso cuando éste hace más bien alusión a perspectivas filosóficas completas que pueden ser nombradas y descritas como tales, o sea que, en un punto, son independientes de las teorías científicas, y en esa "separación" se encuentra la mayor dificultad desde el punto de vista epistemológico.

3.

Hay una tercera idea general que de alguna manera se deriva de lo anteriormente apuntado. Las ideas científicas no se producen por generación espontánea, no son un producto de la inspiración repentina como quieren hacer creer las fábulas para chicos que imaginan a Isaac Newton durmiendo la siesta debajo del manzano o a Galileo Galilei paseando alrededor de la Torre de Pisa, sino el tejido que se realiza con los hilos diversos que las manos de los científicos heredan de una compleja e infinita tradición..

Parte del rescate de Saussure se apoya en la demostración de la heterogeneidad de la que se nutre la teoría del lingüista suizo.

Por ejemplo, uno de los aspectos centrales que ordena la teoría saussureana es el de las dicotomías (instituciones sociales/institución de la lengua, lengua/habla, significado/significante, perspectiva diacrónica/enfoque sincrónico, relaciones sintagmáticas/relaciones asociativas), y Alonso no se cansa de subrayar, a la vez que la claridad pedagógica de estos deslindes, la pobreza simplificadoria que estas antinomias traen consigo. Ahora bien, en determinado momento, Alonso señala que "en realidad" las famosas antinomias saussureanas provienen del filósofo idealista alemán Georg Hegel y fueron reelaboradas, ya en el territorio de la lingüística por Victor Henry. Las antinomias en Saussure, pues, son simplemente un momento en el desarrollo histórico de un concepto. Es más, Alonso se encarga de resaltar que las "antinomias", contemporáneamente a Saussure y con posterioridad, han sido utilizadas con otros énfasis y acentos por el ya mencionado Vossler, por los

neogramáticos, por el lingüista Baudouin de Courtenay y por la denominada Escuela de Praga.

Los conceptos y las teorías, en consecuencia, son su historia. Y es por ello que uno de los procedimientos básicos que realiza Alonso en su prólogo es el trazado de esas conexiones, genealogías y transformaciones. Esa incesante polifonía no coloca un acento de relatividad a las teorías científicas, sino que, por el contrario, posibilita su entendimiento sin vicios de supuestas genialidades románticas y conforme a un derrotero de trabajo social y lucha intelectual.

Por ese camino no deja de ser interesante recordar que Alonso escribe un prefacio a su traducción de un libro que no fue escrito por Saussure sino por aquellos estudiantes-discípulos que lo compusieron a partir de cotejar notas, apuntes y resúmenes de diversa procedencia. El *Curso de lingüística general*, Alonso lo sabe bien, aunque pretenda ocultarlo detrás de la simpleza y la rigurosidad positivista, es de naturaleza coral.

Algunos estudios aplicados a la argumentación en el campo de la ciencia suelen distinguir entre aquellas argumentaciones regulares que parten de enfatizar la coherencia de la teoría que se trata, su capacidad para brindar respuestas a los nuevos fenómenos que enfrenta, etcétera, y aquellas otras argumentaciones científicas críticas que enfrentan y atacan un marco conceptual establecido, muestran los puntos flojos de una teoría, sus contradicciones, acercan ejemplos que ponen en duda su eficacia, etcétera (Toulmin et al. 1984). En realidad, el prólogo de Alonso ofrece un caso especial que se mueve entre estos dos polos y en una

suerte de equilibrio enumera, por un lado, reparos conceptuales y limitaciones, la recurrencia a fuentes poco confiables y ya superadas (el positivismo) y, por el otro lado, otras fuentes y respaldos sólidos, rigurosidad conceptual, la capacidad de distinciones y metodologías que han sobrevivido a sus críticos y perduran en sus reelaboraciones. Es el esquema más 'amplio', histórico y totalizador para juzgar a las teorías al que apela Alonso —esa disolución de los marcos conceptuales particulares en el torrente mayor de la ciencia que se desprende de la dimensión filosófica que orienta su pensar— el que le posibilita naturalizar y volver productiva esa tensión.

En definitiva, si Alonso, en tanto argumentador, busca persuadir a los lectores de las cualidades científicas del *Curso de lingüística general* y de la necesidad de su lectura, la eficacia de su intento no puede ser medida con las proporciones de los apelativos que elevan a Saussure — retórica e ingenuamente, por otro lado y casi siguiendo elementales normas de la cortesía académica— al Olimpo de los "maestros" y "genios", sino en la fuerza de su convicción epistemológica (ideológica). Quizás sea obvio señalar que el enunciatario que el prólogo de Alonso imagina, ese lector hipotético y cómplice es uno dotado de la capacidad y destreza suficientes como para advertir y apreciar las ligazones y los marcos de referencia conceptuales.

Alonso muestra que el diálogo no se establece con Saussure sino con la lingüística como ciencia y teoría.

Las notas al pie, los ejemplos, las citas, las menciones, todo en el prólogo indican los vasos comunicantes más o menos directos que filian

a Saussure con diferentes y variadas fuentes. Alonso exalta el concepto de 'valor' en Saussure en menoscabo del de 'significación', pero uno y otro, se nos dice, provienen expuestos con mayor originalidad en el primer caso y menor en el segundo por el filósofo alemán Edmund Husserl y sus *Investigaciones lógicas*. La unión de concepto e imagen acústica es una versión revisada y más profunda, juzga Alonso, de la que los neogramáticos como Hermann Paul (su *Principios de la historia de la lengua* es de 1880 y su *Gramática alemana* se publicó entre 1916 y 1920) tomaron de la psicología asociacionista, descendiente de Immanuel Kant y Johann Fichte, de Johann Herbart (*Psychologie als Wissenschaft*, 1824; *Lehrbuch zur Psychologie*, 1861), pero también puede ser acercada o asimilada a conceptos similares compuestos por Henri Bergson, Ernst Cassirer o Wilhelm von Humboldt.

Podrían sumarse otros ejemplos, que demostrarían por otra parte el lugar especial en que Alonso coloca a la reflexión filosófica (al punto de que emergen en su vocabulario, aunque en forma medida, palabras que quizás traigan consigo un eco de vejez en relación con los parámetros que utilizan los lingüistas actuales). Más allá de toda acotación, lo cierto es que cada uno de ellos, que se corresponden con los puntos altos que Alonso encuentra en la teoría saussureana, se pueden descomponer y someter a esa tarea de filiación y contacto. Cada uno de esos conceptos, la teoría lingüística toda, es y no es de Saussure.

En relación con esta última afirmación y alrededor del discurso científico y su estatuto, se puede agregar que en el artículo antes mencionado Michel Foucault sostiene que en nuestra civilización no son

siempre los mismos textos los que han debido ser definidos en los términos de una cierta atribución. Hubo un tiempo que los textos que hoy llamamos 'literarios' —cuenta— eran difundidos y juzgados sin que su procedencia anónima causara dificultades o interrogaciones; en el sentido opuesto los textos 'científicos' sólo podían ser considerados como verdaderos en tanto y en cuanto pudieran ser referidos a un determinado autor. "Plinio cuenta", "Hipócrates dijo", ejemplifica Foucault, eran las fórmulas necesarias para que se atesorara un valor de verdad. Pero:

en el siglo XVII o en el XVIII se produjo un quiasmo: los discursos científicos comenzaron a ser recibidos por ellos mismos, en el anonimato, en el anonimato de la verdad establecida o siempre nuevamente demostrable; *están garantizados por su pertenencia a un conjunto sistemático, y no por la referencia al individuo que los ha producido.* (El destacado es mío.) La función autor se borra, el nombre del autor sólo sirve a lo sumo para bautizar un teorema, una proposición, un efecto notable, una propiedad, un cuerpo, un conjunto de elementos, un síndrome patológico. (¿Qué es un autor? 95)

Las observaciones foucaultianas ofrecen un buen contexto donde proyectar los esfuerzos de Alonso en su presentación a los lectores hispanoamericanos de la teoría de Saussure.

4.

En este camino de historia y filiaciones y para comprender el punto de vista que alienta Alonso quizás no sea tan importante el antes como el después. Esto es así debido a que el 'antes' es aquella dimensión que suele ser trabajada más asiduamente bajo el repertorio de los antepasados. Tales denominaciones son confusas y cuestionables puesto que en el juego de las diversas relaciones que Alonso establece

no siempre éstas se encuentran situadas en un plano de explicitud y "conciencia" como para llamarlas, como convencionalmente se lo hace, "fuentes" o "influencias".

De cualquier manera, el 'después' es particularmente significativo puesto que permite ver la sobrevivencia de una teoría aún en sus críticos y refutaciones.

A lo largo del prólogo hay dos conceptos saussureanos que Alonso coloca en primer plano para su examen. Busca en su tratamiento, a la vez y en una misma indicación, sopesar los logros de Saussure y sus limitaciones. Uno ya lo mencionamos, es el de la antinomia lengua/habla que le permite al lingüista ordenar un objeto de estudio y facilitar su descripción. El otro es casi una extensión del primero: la oposición sincronía/diacronía ("las antinomias diacronia:sincronia, lengua: habla — resume Alonso—, se convierten de pronto en el problema filosófico central del lenguaje y de la lingüística").(20).

Para Saussure, como se sabe, se trata de perspectivas excluyentes y el corte sincrónico que predica es un prerequisite para el reconocimiento de la lengua con respecto a sus unidades y las relaciones sistemáticas que entre ellas se establecen. Esta concepción —que Alonso va a adjetivar como "mecanicista"— hará crisis rápidamente en la generación de lingüistas europeos que siguió a la de Saussure. Para citar una referencia específica, Alonso menciona el I Congreso Internacional de Lingüistas, realizado en La Haya en 1928; y comenta que en ese evento los principales discípulos de Saussure, Charles Bally y Albert Sechehaye, realizaron una ponencia en la cual reafirmaban la idea de

Saussure, pero que la misma fue atacada por los fonólogos de Praga (Alonso se refiere sobre todo a Roman Jakobson y Nikolái Trubetzkoi) a un punto tal que "los raros mantenedores de la ortodoxia saussureana se ven reducidos a la defensiva", de acuerdo con las palabras de Sechehaye que cita Alonso (19).

La conclusión de Alonso es que la dicotomía sincronía/diacronía en los términos tradicionales saussureanos fue lógicamente desechada, pero no y esto es lo fundamental, en los términos de su simple e inmediato abandono. Y afirma todavía más: esa consideración más rica y superadora en realidad ya estaba en Saussure: "Después de estas críticas y de su aceptación ¿queda rebajada en su valor la distinción saussureana entre sincronía y diacronía? Al contrario queda rectificadas y depurada".

Como una suerte de principio de conservación de la energía que multiplica calidad e intensidad, así ocurre en la ciencia; la tarea científica es la lenta pero indetenible destilación de una sustancia de conocimiento cada vez más transparente y mejor.

Al abandonar el principio de Saussure, Bally aspira como programa mínimo a mostrar 'la utilidad didáctica' de la aplicación separada de los dos métodos. No sólo por utilidad didáctica, sino por *necesidad científica*, afirmamos nosotros, distinguirá siempre la lingüística entre diacronía y sincronía. Sólo que al demostrar ahora su punto de convergencia, la antítesis postulada por Saussure queda positivamente superada. (20)

concluye Alonso, en un nosotros que más que una forma retórica parece el pronombre con que se incluye en la comunidad de los lingüistas. Conservación y superación son, de manera evidente, los principios que

rigen la vida de la ciencia. Cuando habla de "punto de convergencia" parece él mismo estar adoptando la perspectiva de la escuela de Praga, en particular de Jan Mukarovsky, quien va a convertir el principio de las "antinomias dialécticas" en clave de sus investigaciones.³

Se ha intentado mostrar que la argumentación que Amado Alonso sostiene en su prólogo a la edición en castellano del *Curso de lingüística general* se apoya para orientar la lectura de la obra de Ferdinand de Saussure en dos o tres ideas-fuerza de incumbencia a la vez epistemológica e ideológica, y que nutren toda su valoración. Esos enunciados fuertes son los que determinan la consideración de todo concepto y teoría científicos porque encierran una idea global sobre lo que la ciencia es. Aunque los elogios que desfilan en el comienzo y el final del prefacio puedan despistar y conducir cierta lectura ingenua hacia el ensalzamiento del talento personal del lingüista ginebrino y su genialidad innovadora, lo invalorable del prefacio de Alonso apunta exactamente en el sentido contrario, y subraya la constitución y el despliegue de la ciencia lingüística como parte de una tradición múltiple y en desarrollo.

Así lo ejemplifica y prueba analizando el derrotero de algunos de los términos claves que Saussure ha incorporado para siempre a los estudios de la lengua; y así adelanta también —quizás con términos que se puedan juzgar como pertenecientes al siglo anterior— una percepción absolutamente moderna de la ciencia, que se puede emparentar con las concepciones más actuales para estimar la naturaleza del trabajo científico que los manuales de epistemología vinculan hoy, para sólo citar

algunos célebres ejemplos, con los ya mencionados "paradigmas" de Kuhn y los "programas de investigación" de Imre Lakatos que se dieron a conocer avanzadas las décadas del sesenta y el setenta del siglo XX.

Notas

¹ Aunque Greimas se refiere particularmente al prefacio que un autor —Georges Dumezil— escribió para una obra propia, sus anotaciones pueden extenderse a otros casos.

² Todas las citas provienen de Alonso (1976). Se indica entre paréntesis el número de página.

³ Basta revisar al respecto la primera parte de "Función, norma y valor estéticos como hechos sociales". En Mukarovsky (1977).

Obras citadas

- Alonso, Amado. "Prólogo a la edición española". En Ferdinand de Saussure *Curso de lingüística general* (1945). Traducción, prólogo y notas de A. Alonso, Buenos Aires: Losada, 1976: 7-30.
- Greimas, Algirdas. "O estatuto semiótico do prefácio". *Semiótica do discurso científico. Da modalidade*. "Monografías de semiótica y lingüística". San Pablo: DIFEL/SBPL, 1976.
- Kuhn, Thomas. *La estructura de las revoluciones científicas*. México: Fondo de Cultura Económica, 1971.
- _____. *La revolución copernicana*. (1959). Barcelona: Ariel, 1978.
- Michel Foucault. "¿Qué es un autor?" *Conjetural*. 4. Buenos Aires: 1984. 87-111.
- Mukarovsky, Jan. *Escritos de estética y semiótica del arte*. Barcelona: Gustavo Gili, 1977.
- Toulmin, Stephen, Richard Rieke y Alan Janik. *An introducing to reasoning*. Nueva York: Macmillan, 1984.